

CARTAS SIN DESTINO

La sombra de Cain

"Los ojos turbios de envidia o de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza.."
A. Machado.- "Por tierras de España".

Evito, por simple repulsión, hurgar en la podredumbre o remover los de tritus pestilentes segregados por pústulas del alma humana. Pero a veces, como el cirujano, aunque desagrade, para tratar de curar, no existe otro remedio que con el bisturí bien sujeto y un buen puñado de esterilizada gasa, limpiar con - energía y valor la zona infecta, pese al dolor que produzca y al seguro rechazo del enfermo.

Se ha escrito, y mucho, de la envidia del español, de ese perfil turbio de su individualidad. Y nunca será bastante mientras no se logre cambiar esa "alma fea " , como la califica el poeta, por otra más atractiva y noble.

No existe pecado, o defecto, llámele cada cual como le plazca, tan estú pido y, en consecuencia, tan malvado, como la envidia. Y su estupidez deriva del dolor que produce a quien la sufre , sin más motivo o razón que conocer o contemplar la fortuna, el talento, la belleza, la suerte o la felicidad de otros. No es que al envidioso le hayan arrebatado nada, ni que las circunstancias favorables de los demás le perjudiquen; es que no soporta el bienestar o la valía aje-- nos. Y como su alma sucia no puede sentir otra cosa que malestar, encono, tratará por todos los medios - de ahí su maldad- de difamar, hundir, desprestigiar y herir a quienes son objeto de su pasión insana. Fernando Díaz-Plaja, en su libro "El español y los siete pecados capitales", nos ofrece un muestrario de acciones, hechos, frases, reveladores sobre el tema.

No ha existido un gran hombre en nuestro país -ya lo he escrito en otra ocasión-, que no haya sido blanco, diana, objetivo de los disparos envidiosos -torpes y taimados- de sus coetáneos. Incluso figuras importantes é intelli- gentes han caído en esa grave falta con excesiva frecuencia. Hay una tenden-

cia patológica en el español a desvalorizar, cuando no vituperar, a todo el que, por cualquier causa, sobresale de la altitud media de su entorno. Y las excelencias, virtudes o cualidades que lo elevan, lejos de servir de estímulo para imitarlas, superarlas y suscitar noble admiración, si se tienen constancia y capacidad para ello, son el mecanismo que pone en marcha todo un resentido engranaje destinado a ensuciar, descalificar y, especialmente, rebajar al que tiene la osadía de ser mejor o descollar sobre la vulgaridad dominante.

Las reacciones psicológicas, obviamente, son complejas, como complejo es el individuo. Por ello no puede imputarse, con seguridad, a un solo componente; son consecuencia de muy diversos factores que, con mayor o menor intensidad, influyen en que acontezcan. Así, a los sentimientos nacidos de la envidia, se suman, despertados o inducidos por ella, otros también deleznable, hijos del resentimiento, de la soberbia, de la ira. El "alma fea", "esclava de los siete pecados capitales", lo es por eso mismo, por estar sometida, dominada, por los más bajos y ruines apetitos. Y busca su satisfacción cobarde -no existe valor en los malvados-, en la acción falaz, en la maledicencia, en la trampa anónima; disfraza, con frecuencia, sus actuaciones con hipócritas y falsas motivaciones, bajo cuya endeble contextura se transparenta siempre el vengativo y torpe afán de dañar o destruir.

La nuestra es la historia de un pueblo siempre en lucha consigo mismo, en continua é incivilizada guerra civil. Las únicas ocasiones en que se lanza al exterior, lo es conducido por mentes educadas fuera de aquí: Colón y Carlos V.

Cabría preguntarse si el tan cacareado individualismo español (que alguna vez, por casualidad, ha dado buenos frutos), es una virtud o la manifestación de una incapacidad para la convivencia organizada y solidaria. Es difícil unirnos en una tarea común, salvo cuando se trata de colaborar en el hundimiento de alguien. Aquí sí, como uno solo, todos coincidimos en el esfuerzo de arrojar las más hirientes piedras arrojadas en la innominada masa o bajo la protección del grupo dominante.

En el fondo, la envidia y todo lo que conlleva, es resultado de una subterránea conciencia de la propia poquedad y bajeza, del desairado papel de antagonista representado; por ello el envidioso precisa oponerse y destruir, si le es posible, el protagonismo que aparece, emerge y se eleva con una ejemplaridad que, pese a las maquinaciones con que se trate de desfigurarlo, acabará siempre por imponerse y brillar .

Han de pasar generaciones para que este mal se vaya extinguiendo de nuestro psiquismo. Y no será buen sistema ni camino acertado para conseguirlo, aquel que no sepa despertar o vitalizar nuestra capacidad de admiración, anquilosada en el español. Es necesario que admiremos al ser ejemplar, y nos satisfaga, y nos estimule, y nos incite a una limpia imitación o emulación; es necesario, y urgente, que de forma definitiva deje de ser este país nuestro "la tierra " por donde cruza errante la sombra de Caín", como con estremecedor lamento lloraba Machado.

MIGUEL MOLINA